

1

Cami

Miro a mi alrededor, recreándome en la escena familiar mientras bebo una cerveza. Si la música tipo *honky tonk* que suena a todo volumen por los altavoces no fuera una pista de que estaba en un bar de *country*, el mar de sombreros vaqueros lo sería. Sonrío y me ajusto el negro que llevo en mi cabeza. Me encanta estar de incógnito. Incluso aunque me tropezara con alguien que me conoce en aquella sala llena de humo, nadie creería que soy yo la que se esconde debajo del ala.

Algo golpea mi taburete justo cuando me llevaba el vaso a los labios y la cerveza fría se derrama por mi barbilla hasta gotear en mi escote. Contengo el aliento.

—Perdón —se disculpa una voz profunda en mi oído. Dos manos me agarran los brazos y me llevan hacia atrás, bajándome del asiento. Bajo la vista y veo que tengo los vaqueros y la camiseta empapados. Entonces las manos desaparecen y, medio segundo después, aparece una cara en mi línea de visión—. Lo siento mucho. ¿Estás bien?

Dejo de separar el algodón húmedo de la camiseta de mis pechos y lo miro. Con bastante brusquedad, debo añadir. Me quedo sin palabras. Literalmente. Y eso es algo que no me pasa nunca, jamás.

Tengo clavados en mí los ojos más increíbles del mundo. Son de color gris verdoso rodeados por unas pestañas oscuras, y me miran llenos de preocupación.

Un agudo golpe en la espinilla me hace soltar el aire que contenía. La cabeza de mi amiga Jenna asoma por detrás de

aquella cara desconocida. Sé que ha sido ella quien me ha dado la patada y que está tratando de llamar mi atención, pero no puedo apartar la vista de esos ojos el tiempo suficiente para mirarla a ella.

¡Dios mío! ¡Vaya ojos! No había visto nunca unos ojos que me hicieran querer jadear, reír y desnudarme a la vez. Pero estos lo consiguen.

Miro extasiada cómo parpadean, y me recupero lo suficiente para poder pensar algo coherente. No se parecen a ningunos. Son increíbles y realmente demoledores. Cuando me miran, aparecen unas arruguitas en las esquinas. Quien sea está sonriendo. ¡Santo Dios! ¡Menuda sonrisa!

—¿Que me guste más así tu camiseta me convierte en un mal tipo?

Me miro el pecho. El sujetador de color rosa oscuro es claramente visible a través del fino algodón empapado de la camiseta rosa pálido. Así como mis pezones erizados. Me sonrojo, mortificada.

¿Por qué? ¿Por qué se me ha ocurrido ponerme una camiseta rosa pálido con un sujetador rosa oscuro debajo?

«Porque cuando está seca, no se puede ver el sujetador, idiota».

Noto un pulgar rozándome la mejilla derecha.

—¡Dios, qué sexy eres! —susurra. Mis ojos suben a su cara contra mi voluntad. La sonrisa anterior se ha convertido en otra de medio lado que provoca devastación pura a su paso—. Jamás había hecho sonrojarse a una chica.

Me río nerviosa mientras intento encontrar mi voz..., mi dignidad.

—No sé por qué, pero lo dudo —replico con suavidad.

—¡Guau! El pelo de un demonio, la cara de un ángel y la voz de una operadora erótica. Eres la mujer perfecta.

Para mi completa humillación, las mejillas me arden todavía más. Maldigo para mis adentros tener la piel clara.

El guapo desconocido mete la mano en el bolsillo y saca un par de billetes, que deja sobre la barra.

—Otra ronda de lo que sea que... —se interrumpe para mirarme, esperando que yo complete la frase.

—Cami —digo, tratando de reprimir la sonrisa.

El diminutivo de mi nombre. Un apodo para aquel guapo desconocido.

—Pues otra ronda de lo que está tomando Cami. —Se vuelve de nuevo hacia mí con un brillo malicioso en sus ojos grises—. Lamento haberte tirado la bebida. Que se te haya mojado la camiseta ya es otra cuestión —admite con franqueza.

Inclino la cabeza, preparándome para no sonrojarme de nuevo.

—Dime, ¿es que los desconocidos torpones no tienen nombre? ¿O debo dirigirme a ti como «elefante en una cacharrería»?

—Mi nombre es Patrick —me dice con esa sonrisa de medio lado—. Pero mis amigos me llaman Trick.

—¿Trick? ¿Como «truco» en inglés? ¿Lo de «truco o trato»? ¿Ese Trick?

Se ríe y siento un hormigueo en el estómago. En realidad es un aleteo.

—Sí, ese Trick. —Se pone serio y se acerca a mí—. Cami, ¿puedo pedirte un favor?

Jadeo, de nuevo sin aliento. Está tan cerca de mí que puedo contar cada pelo de la barba incipiente que salpica su bronceada barbilla. Durante un breve segundo, su fragancia limpia y masculina borra el olor a humo de cigarrillos y el olor a cerveza rancia de la barra.

He vuelto a quedarme sin voz, así que me limito a asentir.

—Elige trato. Por favor, por Dios, elige trato.

Me quedo callada como una idiota. No digo nada. Me limito a mirarlo. Como si fuera una... er..., bueno, como si fuera una idiota.

Emite un sonido de decepción con los labios y luego sacude la cabeza.

—Qué mal... Me hubieras alegrado la noche.

Se endereza, da un paso atrás y sonríe de nuevo.

—Encantado de conocerte, Cami —se despide. Luego se da la vuelta y se pierde entre la multitud.

—Tierra llamando a Cami...

Arranco la mirada de los anchos hombros y las estrechas caderas de Trick y me vuelvo hacia Jenna.

—¿Qué pasa?

—¿Eso es lo único que tienes que decir: «¿qué pasa?»? —me pregunta sonriendo.

—¿Qué te gustaría que dijera? —Todavía estoy un poco ida..., ¿o es deslumbrada?

—Mmm..., me gustaría escuchar qué planes tienes para bajar el culo del taburete e ir detrás de ese trato.

—¿Me has estado espiando?

—El bomboncito prácticamente se sentó en mi regazo mientras hablaba contigo. ¿Qué iba a hacer?

—¿Eh...? ¿Moverte?

Jenna resopla. No es gran cosa, pero de alguna forma consigue parecer que es una chica mona.

—¿Y perderme esa imagen? Si casi me vuelvo catatónica ante la vista. ¡Está como un tren, Cam!

—Mírate —me río—. Tienes novio. ¿O te has olvidado de que vamos a encontrarnos con gente?

—Yo no me he olvidado, ¿y tú?

Hago un gesto con la cabeza.

—*Touchée*, gatita.

Lo cierto era que me había olvidado por completo, desde el momento en que me encontré con los ojos de Trick, no pensé para nada en Brent. Y esa no es una buena señal. Aun-

que Brent no me ha hecho sentir nunca como este desconocido en solo tres minutos.

—Psss... —me dice ella, agitando la mano con desdén mientras toma un sorbo de su cerveza—. No lo pienses más. En cuanto a él, es como mirar al sol. Te deslumbra y luego ves manchas y te sientes un poco mareada, pero nada más.

Me pregunto para mis adentros si quiero que esta sensación desaparezca. No recuerdo si ha habido algún hombre que me haya hecho sentir de esta manera.

No puedo dejar de mirar hacia la multitud. Exploro el mar infinito de *stetsons* hasta que mi vista se detiene en una cabeza oscura. El pelo es bastante largo y ondulado. Sé, sin verle la cara, que se trata de Trick. Parece que es el único tipo en el local que no lleva sombrero vaquero.

Casi como si sintiera mi mirada o si supiera que estoy pensando en él, Trick se da la vuelta. Nuestros ojos se encuentran como si no nos separara una habitación llena de gente. Nos sostenemos la vista durante unos segundos y luego, muy despacio, sonrío.

¡Santo Dios! ¡Tiene hoyuelos! ¡Para morirse!

En ese momento, noto que se me vuelven a calentar las mejillas. Allá vamos otra vez.

Su sonrisa se hace más profunda y me guiña un ojo. Estoy segura de que tengo los dedos entumecidos. Lo observo mientras se gira de nuevo. Antes de que su cabeza desaparezca por completo, recuerdo lo que me ha dicho Jenna. Quizá debería acercarme y pedirle ese trato...

Doy un brinco cuando siento unos dedos en el cuello, levantándome el pelo.

—¿Estabas buscándome?

Reconozco la voz de Brent. Suspiro. No es justo para él que me sienta un poco decepcionada. Pero es así. Ha pasado

el momento de seguir aquel impulso imprudente. La puerta de la oportunidad se ha cerrado de forma oficial. La ha cerrado Brent.

Giro el taburete y sonrío a Brent Thomason, mi novio no oficial.

A Brent también se le da bien lo de las miradas. Su pelo rubio muestra un determinado desorden y sus ojos castaños están rasgados de una forma exótica que siempre he encontrado muy atractiva. Pero incluso mientras los miro, imagino otros, unos de un tono gris verdoso.

—¿Estabas buscándome? —me pregunta de nuevo.

—¡Llegas tarde! —bromeo golpeándole en el pecho y esquivando de paso la pregunta.

—No se puede ser perfecto. Tengo que mantener en vilo a una chica como tú. —Me besa la punta de la nariz antes de rozarme los labios con los suyos.

—¿Conseguiste poner en marcha el Corvette? —pregunto, inclinándome hacia atrás.

—No. Por eso he llegado tarde. Acabo de hablar con el tipo que iba a echarle un vistazo. Puesto que no puede venir aquí, ha accedido a verlo mañana por la noche en su taller. Lo llevaré allí, incluso aunque tenga que remolcarlo —gruñe con determinación.

Como de costumbre, me parece que la pasión de Brent por su coche excede lo normal. Una de las obsesiones de mi padre son los coches de época. Tenemos un garaje lleno y domino el tema lo suficiente como para mantener una conversación con sentido.

—¿Dónde es?

Se encoge de hombros.

—Er... en el campo. Ya sabes cómo es la gente de campo.

Frunzo el ceño sin poder evitarlo. Sé que el comentario de Brent no es personal, pero me molesta igual. A diferencia de casi todos mis amigos, sé lo que es la vida sin dinero. Lo

que se siente. De acuerdo, fue hace mucho tiempo, pero algunas cosas nunca se olvidan.

Unos ojos vuelven a parpadear en mi mente...

—Quiero conseguir que corra, me gustaría montarte y enseñarte. Es decir, montarte en él y enseñártelo. —Me sonríe y le devuelvo la sonrisa. Lo triste es que creo que lo ha dicho bien la primera vez.

2

Trick

Noto unas manos pequeñas tocándome la piel desnuda de la espalda. Las siento luego machacando mi cabeza palpitante.

—Agggg... —gimo contra la almohada.

Oigo una risita.

—Cuando haces eso, pareces un monstruo.

Me quejo de nuevo, ahora con más fuerza. Otra risa. A Grace le encanta pillarme dormido. Le gusta despertarme.

—Necesssito comiiiiida —gruño con mi voz más monstruosa. Entonces, lo más rápido que puedo para ser una mañana de resaca, ruedo sobre mí mismo y enlace con mi brazo su diminuta cintura para tumbarla sobre la cama.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Basta! Me haces cosquillas —jadea sin aliento.

—Sabes que esto es lo que pasa cuando se despierta al gigante dormido.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! No era mi intención...

La dejo escapar y me siento en un lado de la cama.

—Te voy a perdonar por esta vez, pero solo porque has recordado la palabra mágica.

—¿Lo siento? —pregunta mientras se incorpora, retirándose el flequillo color castaño de los ojos.

—No, esas son dos palabras. La palabra mágica es hipopótamo.

Sonrío.

—Tonto... No he dicho hipopótamo.

—¿No lo has hecho? Bueno..., entonces... —Me abalanzo hacia ella y se escabulle de la cama, chillando mientras corre hacia la puerta.

Me vuelvo a sentar en la cama con la cabeza palpitando de una forma dolorosa. Uno de los beneficios de la vida universitaria era no tener una hermanita de diez años revoloteando alrededor y disponer de una puerta con cerradura.

«Ya no estás allí. Demasiado poco, demasiado tarde».

Me obligo a levantarme de la cama y voy al cuarto de baño.

«Al menos aquí sí hay una cerradura, ¡Gracias a Dios!».

Después de lavarme la cara con agua fría, me llegan imágenes de la noche pasada. Fugaces ráfagas de unos sorprendentes ojos casi violeta inundan mi mente y, justo después, unas mejillas ruborizadas que me hacen difícil detener ahí mis pensamientos.

Cami. ¡Qué chica más guapa!

«¡Joder!».

No es que me importe. Las chicas como ella siempre tienen novio. Tipos posesivos que saben lo que tienen y que no están dispuestos a renunciar a ello. Sin duda yo no lo haría. Es de esa clase de mujer por la que lucharía hasta la muerte.

«¡Joder!».

—Date prisa, tortuga. El desayuno está casi listo.

Oigo los diminutos pies de Grace alejándose de la puerta, sin duda pensando que iría a la carga detrás de ella. Sonrío al espejo que hay encima del lavabo. A pesar de que me puede molestar que me despierte, la adoro. ¡Joder!, se puede decir que casi la he criado. Soy el único hombre de su vida, la única figura paterna que conoce.

Mis pensamientos se vuelven un poco amargos e irritados, por lo que me salpico un poco de agua fría en la cara antes de dirigirme a la cocina. Los opulentos desayunos caseros son otra de las ventajas de no estar en la universidad.

—Buenos días, cariño —me dice mi madre con una brillante sonrisa.

—Buenos días —replico, sentándome en el lugar que tengo reservado. El sitio que acostumbraba a ocupar mi padre—. Ya te lo he dicho, mamá, no es necesario que me hagas el desayuno. Me lo sé hacer solo.

—No así. No haces desayunos como este.

Sonrío.

—Tienes razón.

Su sonrisa se desvanece cuando se sienta detrás de su plato. Me mira por el rabillo del ojo.

—¿Anoche volviste a beber?

Suspiro.

—Sí. ¿Por qué?

—No es que esté preocupada, pero me da la impresión de que estás bebiendo más de lo que debes por haber tenido que volver a casa.

—Mamá, no he tenido que volver a casa. Es algo que he elegido hacer.

Los dos miramos a Grace, que finge no prestarnos atención.

—Sé que no es lo que querías y me siento...

—Bueno, pues no lo hagas. No te sientas mal. He querido hacerlo, mamá. Tú y Grace sois todo lo que tengo. Lo único que tiene sentido.

Vuelve a sonreír.

—Supe desde el principio que cuando crecieras serías así, de esta clase de hombres. Estoy muy orgullosa de ti, Patrick. Desearía que...

—Mamá, la universidad no se va a ir a ninguna parte. Puedo terminar mis estudios más adelante. En este momento, esto es más importante.

La sonrisa se vuelve triste y asiente con la cabeza. Sé que se siente culpable, como si me hubiera arruinado la vida

cuando me dijo que el dinero del seguro se había acabado. Durante parte del año pasado, yo también me sentí así. Pero acababa de hablar muy en serio cuando dije que Grace y ella son mi única familia. Si no me ocupo yo de ellas, ¿quién va a hacerlo?

—Prométeme una cosa: si todo esto se vuelve demasiado agobiante, dímelo. No quiero que te conviertas en un borracho...

—¡Mamá! —la interrumpo con firmeza, aunque suavizo mi voz con una sonrisa—. Estoy bien. De verdad. Solo me lo pasé bien con los colegas. No es para tanto. Tampoco hay mucho más que hacer por aquí, ¿recuerdas?

Se encoge de hombros.

—Tienes razón —dice, repitiendo las palabras que yo le he dicho hace un momento.

3

Cami

El olor a beicon me arranca del sueño. Lo primero que pienso es dónde estoy. Una vez que me doy cuenta de que la manta que tengo encima es la que usaba en la infancia, llega otro pensamiento: «Drogheda está haciéndome el desayuno».

Sonrío. Una de las mejores cosas de pasar el verano en casa es Drogheda, el ama de llaves de la familia, mi confidente más antigua y maravillosa cocinera.

Permanezco acostada en la cama, disfrutando de los olores familiares, y llega un tercer pensamiento a perturbar la paz matutina. Se presenta una visión de brillantes ojos gris verdoso y sonrisa atractiva.

«Trick».

No debería pensar en él. Pero de alguna forma ese chico se ha colado bajo mi piel. Genial.

«Elige trato. Por favor, por Dios, elige trato».

Simplemente recordar sus palabras hace que sienta mariposas en el estómago. ¿Qué tiene ese chico?

Escucho un fuerte ruido metálico en la cocina y sonrío. Siempre que duermo más de lo que debo, Drogheda deja caer «accidentalmente» algo en la cocina. Muchas cosas. Y habla en voz muy alta. Por fin, despierto y voy a desayunar. Que era lo que pretendía.

Aparto las sábanas y me estiro antes de pasearme de puntillas por la habitación para abrir la puerta silenciosamente. Desde que cumplí diez años, Drogheda y yo hemos jugado al gato y al ratón el primer día después de regresar de la es-

cuela, antes de que me acostumbre a pasar el verano en casa: busco el momento oportuno para aparecer de forma inesperada y asustarla.

Es algo que hacía mientras estaba en primaria y secundaria, y también lo hemos seguido haciendo cuando entré en la universidad. Es una de esas tradiciones que, sin importar lo infantil que sea, continuaré manteniendo. Que siempre atesoraré.

Esta vez, me pongo muy pronto manos a la obra. Me muevo sigilosamente hasta la puerta trasera de la cocina y luego me meto en la despensa. Asomo la cabeza y veo a Drogheda de pie en la cocina, de espaldas a mí. Está tarareando con suavidad como suele hacer cuando cocina. Tiene una espátula en la mano para dar la vuelta a las tortitas.

Espero hasta que gira la última de las cuatro y se mueve para dejar la espátula a un lado. Doy tres rápidas zancadas y la rodeo con mis brazos.

—¡Drogheda! —grito, apretándola con fuerza antes de besar su redondeada mejilla color caramelo.

Drogheda chilla y se da la vuelta para darme una palmada en el trasero con la mano. Suelta una retahíla de palabras en su lengua materna antes de pronunciar algo que yo pueda entender.

—*Chica!*, un susto así puede llevar a una anciana a la tumba.

—¡Oh! Te encanta y lo sabes. —La rodeo para coger un trozo de beicon que escurre en una servilleta de papel—. ¿No te alegras de verme?

Drogheda se vuelve hacia mí. Sostiene la espátula en una mano y apoya la otra en la cadera.

—Por supuesto que me alegra verte. La casa está muy vacía sin mi *pícaro diablilla*.

Dejo de masticar y la señalo con la tira de beicon.

¹ *En castellano en el original. En casos posteriores, las palabras irán en cursiva. (N. de la T.)*

—Tengo el español un poco oxidado, pero ¿acabas de decir que soy una *diablilla*?

—¿Yo? —pregunta Drogheda, fingiendo inocencia—. No, *chica*. Has entendido mal. Nunca llamaría así a una niña tan dulce e inocente como tú.

Resoplo. Me saca el trozo de beicon de los dedos y se lo mete en la boca; después me señala con la espátula.

—Las damas no resoplan.

—Sí, señora —sonrío.

—Ahora siéntate. El desayuno está casi listo.

Lo mismo que siempre, Drogheda se sirve una taza de café y me acompaña hasta que termino de desayunar.

—Dime, ¿qué planes tienes para el verano? —me pregunta Drogheda.

—¿Te refieres además de asistir a todas las fiestas en un radio de cien kilómetros y broncearme?

Me mira airadamente.

—¡Oh, no! Mi Camille no va a convertirse en una de esas ricachonas inútiles. Dime qué es lo que vas a hacer de verdad.

Sonríe. Drogheda me conoce muy bien.

—En realidad quiero conocer un poco mejor el negocio. Es decir, siempre he adorado a los caballos, y alguien tiene que hacerse cargo del negocio cuando mi padre sea demasiado viejo para encargarse de todo.

—Ja... —se ríe Drogheda—. Tu padre no será nunca demasiado viejo. Tendrás que demostrarle antes de nada que puedes ser su socia. Y luego, quizá algún día...

—Ese es un consejo muy sabio para una persona tan joven como tú, Drogheda. ¿Desde cuándo eres tan lista? —A los cincuenta y dos años no se es tan joven, pero ella no aparenta su edad. Su suave piel dorada sigue lisa y suave.

—¿Qué me dices de ese chico? ¿Sigues viéndolo?

Sonrío.

—Drogheda, se llama Brent y lo sabes. Eres muy esnob.

Ella aprieta los labios.
—No me importa. No me gusta ese chico. Anda detrás de algo.
Esbozo una sonrisa diabólica.
—Te puedo decir exactamente lo que busca.
La cara de Drogheda es impagable.
—No dejes que te deshonre —dice señalándome con el dedo.
—No te atrevas a dejar que te desflore, *chica*. No merece la pena. Hazlo con alguien que ames.
Pongo los ojos en blanco.
—Lo sé. Ya hemos tenido antes esta charla, ¿verdad, Drogheda? No te das cuenta de que no puedo seguir siendo virgen para siempre, ¿no es cierto?
Me mataría si supiera que es un punto discutible.
—No te digo que sigas siendo virgen para siempre. Solo te digo que esperes. Solo tienes que esperar.
—¿Para qué?
—La pregunta no es para qué, sino para quién.
—Pero te lo he dicho: Brent me ama.
—No, no lo hace... Al menos no lo hace como debería. Adora tus rasgos hermosos, tu cuerpo joven y tonificado... y la compañía de tu padre.
—¿Qué más da?
—Un día, alguien te amará a pesar de lo que tengas. Solo tienes que encontrarlo. Pero cuando sea el momento adecuado, *mi Camille*, lo sabrás. Cuando sea el hombre correcto, te enterarás. Sabrás cuándo es el momento más adecuado, *mi Camille*, cuando sea el adecuado. Y créeme, ese chico no lo es.